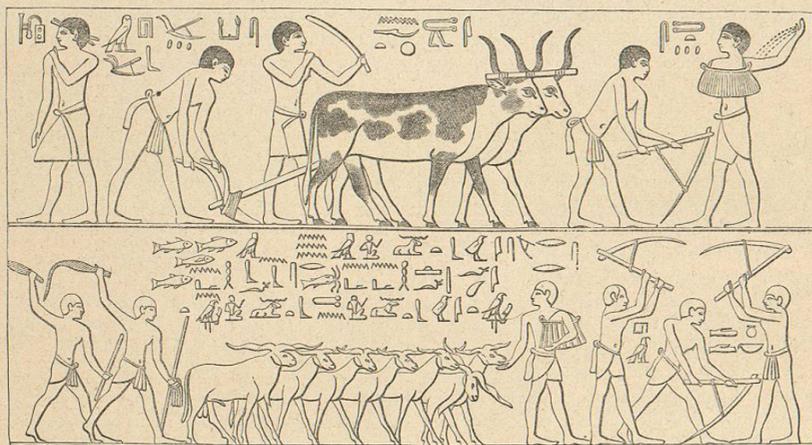


cipio, al estilo de algunas tribus nubias que se lo untaban con grasa y con sebo y se lo dejaban crecer cuanto podían. Mas adelante fué costumbre en Egipto el llevar, en vez del cabello natural, una enorme peluca, á la cual se daba tanto valor que en el Antiguo imperio el fabricante de pelucas era considerado como uno de los cargos mas importantes de la corte. Entonces las cabezas iban completamente rapadas y únicamente á los niños se les dejaba crecer en un lado un largo rizo. Las mujeres, por el contrario, ostentaban su propio cabello que procuraban atusar cuanto podían por medio de trenzas. Gran importancia se daba á estos detalles, como lo demuestra la circunstancia de que el papiro de medicina que lleva el nombre de Ebers, contiene una receta para hacer

crecer el cabello, que habia sido preparada por Schesch, madre del rey Teti, fundador de la sexta dinastía (1).

El laboreo de la tierra era sumamente sencillo; el suelo era surcado con una azada de madera ó con un arado sumamente primitivo, del cual todavía se hace aplicación en aquellas comarcas donde no ha penetrado la civilización europea. «El arado, sin rueda alguna, tiene la forma de un ángulo obtuso compuesto de dos brazos; su pié horizontal inferior termina en la reja, que tiene la forma de cuña redonda y está cubierta de hierro y que raras veces (en la antigüedad nunca) es toda de este metal; el pié superior ó trasero se alza verticalmente formando el timon. De la abertura del ángulo sale el timon (fijado con cuerdas ó con un clavo), al cual va



Trabajos agrícolas (bajo-relieve de una pared de la tumba de Ti)

Línea superior á la izquierda un escribiente, luego un arado con bueyes y un hombre cavando la tierra. A la derecha la siembra.

El siervo lleva atado al cuello el saco de las semillas.

Línea inferior: carneros á los cuales se obliga á andar golpeándoles y presentándoles por delante comida, probablemente para que hagan penetrar la simiente en el blando suelo. A la derecha, hombres cavando.

unido el yugo, brazo de madera atado á la cabeza de los bueyes.» Esta descripción del moderno arado, copiada de la obra de Klunzinger: *El Alto Egipto*, pág. 125, puede aplicarse perfectamente al antiguo, como lo demuestran innumerables dibujos. Después que el campo ha recibido la simiente, se hacen andar por él carneros, ó al decir de Herodoto (II, 14), cerdos, para que hagan penetrar la semilla en el suelo. La semilla es también pisada por bueyes.

Los utensilios caseros y la economía doméstica de los egipcios llevan por lo general impreso el sello de la mayor sencillez, por mas que no dejen de encontrarse entre ellos objetos delicados como mesas y sillas: también se encuentran trabajos primorosos entre los negros y los kuschitas del alto Nilo del tiempo del Nuevo imperio. Los utensilios de arcilla de los egipcios son en su mayor parte de forma sencilla y elegante, pero carece de adornos: la costumbre de pintar los cántaros y vasijas de barro nació en Siria y se extendió hacia Grecia. Los egipcios, como las tribus negras y otras salvajes, por ejemplo la de los chalybios, sabían extraer del suelo los metales y trabajarlos convenientemente. El oro se empleaba por lo general para los objetos de adorno; el metal generalmente empleado en los instrumentos y en las armas era el cobre. Los egipcios conocieron indudablemente el hierro é hicieron aplicación de él, por mas que no lo emplearan sino raras veces en los instrumentos.

Sobre estas bases, que siempre han sido las mismas, se ha

desarrollado la cultura material del antiguo Egipto, siéndonos imposible determinar las gradaciones intermedias que la condujeron desde el estado primitivo y desde las primeras tentativas, de nosotros desconocidas, hasta el sólido tecnicismo, hasta la segura rutina de la época de las pirámides. Sobre una sola cosa debemos llamar la atención: toda la civilización de los egipcios tiene un carácter marcadamente práctico: crearse una vida regalada y segura, hacer lo menos pesado posible el trabajo diario; tal era el objeto á que aspiraron. A esto corresponde el carácter completamente anti guerrero de los labradores egipcios; los actuales fellahs son tan malos soldados como los súbditos de los Faraones. Así es que durante muchos siglos la historia egipcia no nos habla de ninguna guerra, y solo en tiempo del Nuevo imperio, cuando el estado interior y exterior hubo sufrido una modificación, los ejércitos egipcios se dedicaron á la conquista. En cambio los egipcios no perdonaron medio alguno para procurarse una existencia cómoda en este mundo y en el otro, de lo cual son buenos testimonios los sepulcros y las pirámides. Desde este punto de vista debe ser juzgado todo el desenvolvimiento de la cultura egipcia, que siempre vemos tender á resultados eminentemente prácticos y á la cual de continuo encontramos

(2) Únicamente pudo referirse á este, cuya madre no era reina. Muchos han creído que se hacía referencia á Teti I, sucesor de Menes, y han llamado, por tanto, á Schesch reina y esposa de Menes.

huyendo de miras elevadas. Cada obra de arte sirve para un fin práctico determinado; así es que una creación puramente espiritual es cosa incomprensible para los egipcios, ninguno de los cuales se ha dedicado nunca á especulaciones puramente abstractas. Esto no obstante el egipcio, dentro de los límites que la naturaleza le ha trazado, ha realizado obras colosales y dignas de admiración, y en él vemos además extraordinariamente desarrollado el sentido del estilo y de la aplicación de medios perfectamente adecuados al fin.

El Estado en que primitivamente vivían los egipcios no abarcaba todo el valle del Nilo, siendo lo mas probable que con el tiempo se fuera formando una unidad con los muchos y pequeños territorios fáciles de vigilar y cuyos habitantes se conocían unos á otros. Tales eran los distritos ó nomos (para servirnos de la expresión griega), distritos de pocas leguas de extensión, situados ora en una sola, ora en ambas orillas del Nilo. Hasta el período romano formaron estos nomos la base de la organización; y aun cuando su número y sus fronteras cambiaban á menudo, es indudable que en su mayor parte debieron de ser en su origen estados independientes (1). Estos distritos eran designados por sus armas sostenidas por estandartes, armas que las mas de las veces consisten en un animal probablemente indígena del distrito; así por ejemplo conocemos un distrito de la liebre, otro de la gacela, otro del

pez latos, otro del ibis, otro del chacal. En otros casos se les designaba por medio de armas, como el escudo y las fle-

chas, el arpon, el arco, por medio del cetro,

y por árboles como (2). El centro del distrito era el lugar donde se daba culto al dios tutelar de este y era considerado como su capital. Muchas veces la comunidad política del distrito nacía de la comunidad religiosa por unirse formando una unidad los que adoraban un santuario muy venerado. Por esto encontramos especialmente en el Delta, cuya cultura parece ser por regla general mas moderna, muchas ciudades cuyos nombres han sido tomados de los de sus divinidades, como por ejemplo Busiris, «casa de Osiris» (este nombre no es sin embargo muy antiguo: la ciudad se denominaba primitivamente Dedu), Rubastis, «casa de Bast», Pithom, «casa de Tum», Byblos, «casa de Bairis», etc.: en cambio la mayoría de las ciudades mas antiguas del alto valle del Nilo llevan nombres profanos (3). En estas capitales residía, además

(1) Es indudable que algunos distritos, especialmente del Delta, son de creación artificial y que nacieron cuando el Estado fué dividido administrativamente. — La división en distritos que se hizo en época posterior la conocen nuestros lectores por lo que ha explicado Dumichen, quien ha destruido la tradicional descripción de las posteriores inscripciones de los templos que tratan toda la geografía sagrada según el plan del mito de Osiris y falsean la base originaria con una porción de leyendas heterogéneas, de manifestaciones simbólicas y de absurdos de toda clase.

(2) La relación entre las armas de los distritos y los cultos principales de estos solo parece haber existido, en un principio, en algunos casos aislados, á pesar de que en las inscripciones del Antiguo imperio suceda esto algunas veces y de que al tratarse de los dioses Amsi

y Neit siempre se han aplicado las armas de su distrito como signos de escritura para designar á la divinidad.

(3) En el Alto Egipto son raras las denominaciones religiosas, pero también suelen llevar, además de los nombres profanos, un nombre sagrado, muy estimado en la época del mayor fervor religioso, que sirvió las mas de las veces de fundamento á los nombres griegos. Así, por ejemplo, Tebas, = ciudad de Amon = Diópolis, Chmunu = casa de Thot = Hermópolis, Dbu (Edfu) = casa de Horo = Apollinópolis. Los nombres profanos solo los usaba el pueblo y por él han llegado hasta nuestros días.

del soberano del distrito, probablemente la nobleza: en los lugares del culto habia un número cada vez mayor de sacerdotes y servidores del santuario; en ellos se establecían también obreros, comerciantes, industriales, y los labradores acudían, durante las fiestas, á los mercados llevando consigo los productos de sus campos y muchas veces para obtener una sentencia en sus litigios.

El aislamiento y el antagonismo de los diversos distritos se nos ofrecen cada vez mas marcados en la historia de Egipto (4): tan luego como el poder del imperio se paraliza disgreganse los distintos elementos del Estado. En los tiempos de los romanos todavía las poblaciones de dos distritos (uno de los cuales adoraba al perro y el otro al pez Oxyrynchites) se declararon una guerra formal, que comenzó por haber dado muerte y devorado dos perros para vengarse de sus vecinos que comían pescado (5). El culto de los diferentes distritos constituye la base de la religión egipcia y es la clave que sirve para entenderla; por lo mismo hemos de dedicar ahora nuestra atención á estudiarlo.

CAPITULO III

LA RELIGION POPULAR EGIPCIA

Para los egipcios, como para todo pueblo primitivo, el mundo está lleno de poderes abstractos, de espíritus que ejercen su acción sobre la naturaleza y que tienen determinada influencia, buena ó mala, en la vida de los hombres. La noción de lo inanimado es para el egipcio vacilante é insegura: en cada fenómeno de la naturaleza que le interesa ó influye en él, ve la obra de un sér sobrenatural que reside temporal ó permanentemente en los objetos, y en su consecuencia procura influir en este sér, evitar su acción maléfica y obtener sus bendiciones: de aquí nace el culto.

Innumerables son los demonios con los cuales puede el hombre estar en contacto y que pueden residir en todos los objetos: todos los lugares de la tierra están por ellos habitados: su domicilio está en las aguas, en los cuerpos celestes y en el aire, y al lado de los seres conocidos hay una multitud de seres desconocidos y misteriosos, hasta los cuales es muy difícil llegar y cuyos nombres y costumbres solo pueden conocerse por medio de fórmulas mágicas. Otros viven en objetos caprichosos y á menudo fabricados por los mismos hombres, pero muy especialmente en los árboles y en los animales. En todos los puntos de Egipto se encuentran árboles sagrados, como los sicomoros, las palmeras, las acacias, etc. Entre los animales, pocos son los que no estén considerados, en un lugar ó en otro, como sagrados, es decir, como encarnación de un demonio, y ya se comprenderá que en este punto cada distrito tiene sus opiniones particulares. Como todo pueblo agrícola los egipcios veneran á los animales domésticos, sobre todo á los bueyes, á las vacas y á los carneros, y también á las aves, como el gavián, el ibis, el pato, y además á los monos y las serpientes, ó bien á animales malos y temibles, como el buitre, el cocodrilo, el león y el escorpión. El número de demonios es infinito, pero ninguno de ellos se hace merecedor de la adoración hasta que se le concede de un modo real, es decir, hasta que se pueden entablar con él relaciones firmes y se le cree suficientemente poderoso.

(4) Ciertamente que existían entre ellos diferencias, no solo en las costumbres, sino también en el lenguaje, por mas que actualmente no tengamos sobre esto noticia alguna.

(5) Plut., *de Is*, 72. Por lo demás, en el «distrito del perro» el animal en realidad venerado era el chacal (*Ambis*). (Véase la famosa sátira décimaquinta de Juvenal.)

so para perjudicar ó favorecer de un modo sensible. Por eso, el demonio se convierte en dios (en egipcio *nuter*) (1).

Las ideas religiosas no se desenvuelven en el individuo, sino en la comunidad: aquel no se encuentra nunca aislado en las relaciones primitivas; solo existe como miembro de las grandes agrupaciones que se denominan familia, tribu y Estado. Para vivir y prosperar, para no sucumbir ante los enemigos, la miseria y las enfermedades que envían los poderes malignos, es preciso que estos lazos de unión—de los cuales entre los egipcios solo se ve el Estado, distinto del que vemos, por ejemplo, entre los griegos y que en Egipto se desarrolló mas prematura y sólidamente—tengan un poder protector, una divinidad que haya crecido íntimamente unida á ellos y cuya mision consiste en proteger la respectiva comunidad (2). A cada Estado corresponde un culto que, nacido de las necesidades de la comunidad social, es el lazo mas antiguo y duradero que la mantiene unida. Por esto cada distrito tiene su dios especial, que le es necesario, al cual veneran sus adoradores, á quienes diferencia de los habitantes del distrito vecino, pertenecientes á otra tribu, que exige otras costumbres y otros usos y lleva distinto nombre y tiene jurisdiccion distinta que el dios del cercano distrito. En Egipto hay tantas religiones como distritos, con la particularidad de que se diferencian no solo en el nombre sino tambien en el fondo.

El dios tutelar del distrito no es el dios mas poderoso del mundo, antes al contrario, pues de ser así los intereses de sus adoradores le parecerian demasiado secundarios é indiferentes para que merecieran la pena de que él se cuidara de ellos. A su lado hay una porcion de otras divinidades que tambien exigen veneracion, especialmente como señores que son en diversas esferas, es decir, como patronos de la casa ó del campo, como dispensadores de la fertilidad y auxiliares de los nacimientos. Tambien puede atribuirse al dios tutelar alguna de estas funciones especiales ó puede ser considerado como la divinidad que se manifiesta en algun cuerpo celeste ó en algun fenómeno de la naturaleza. Lo característico en este dios es que habite en el territorio de los que le adoran y que sea bastante poderoso para defenderlos. El es el señor del territorio respectivo, que ha elegido como residencia, y se deja ver en el lugar de su culto, por cuya razon muchas veces se le designa por el nombre de este; así por ejemplo el dios de la villa de Tanent, en Menfis, se llama simplemente «el de Tanent» (*Chonti tanenti*) (3); el dios de Busiris (*Dedu*), que

se manifiesta en una columna de forma especial  (una rama de árbol sin hojas) (?) (4), lleva el mismo nombre que

(1) Esta palabra se escribe por medio del signo  del hacha, pues la palabra *nutra* significa en general «pegar», «golpear», y especialmente con el hacha «cortar». Lepage Renouf ha procurado demostrar que la palabra *nuter* significa principalmente «poder». Hay tambien en Egipto, como en otros muchos lugares, varios dioses que no tienen culto: estos son, á excepcion hecha del Re', de naturaleza secundaria.

(2) En Egipto no encontramos el culto doméstico, pues el llamado culto de los antepasados nada tiene que ver con él.

(3) En Egipto se encuentran á menudo divinidades semejantes, en cierto modo anónimas; en una inscripcion griega de la isla de las cataratas, Sehél, se citan, entre otros, los dioses Petensetis y Petensenis, es decir, «el de Seti (Sehél) y «el de Senem» (isla Bige).

(4) En la teología posterior, esta columna (las listas de nomos demuestran que pertenece á Busiris y no á Mendes: *Diet. géogr.* de Brugsch) está identificada con la espina dorsal de Osiris, y en los dibujos se encuentran entre sus costillas figuras humanas, cabiendo la hipótesis de que en su origen era una reproducción de la Aschera Kana'anea, es decir, de la rama de árbol seca colocada en el altar. Lo propio sucede

con el dios , tan frecuentemente nombrado en el Antiguo imperio, cuyo nombre se escribe por medio de una estaca,

la aldea Ded; otro dios de Menfis, muy á menudo mencionado en el Antiguo imperio, se llama «el de debajo de su olivo» (*cher bagf*). Esta denominacion del dios como «señor» (*ba'al*) del lugar en que se le venera, es muy usual entre las tribus sirias. En Egipto, la mayor parte tienen un nombre determinado, cuyo origen está, por regla general, envuelto en la mas completa oscuridad.

Durante mucho tiempo se ha creído que la confusion en nuestra tradicion sobre la religion egipcia producida por la introduccion del monoteismo solar—que convierte á todos los dioses en divinidades solares—ha sido causa de que las mas de las veces nada sepamos acerca de la significacion fundamental «de la concepcion mística originaria» de esas divinidades; pero esto es una equivocacion: Ptah no es, en efecto, desde un principio, mas que el dios del distrito de Menfis; Neit no es mas que la diosa de la tribu semi-libia ó enteramente libia que tenia su asiento en Sais (5); Chnumu, «el preservador de los nubios», es el protector de los egipcios residentes en el territorio de las cataratas; Nechebt es la diosa de la ciudad del distrito del Alto Egipto que lleva su nombre (Elkab); Amon es el señor de Tebas; Anubis el dios de la ciudad Sepa (Hipponon) y del distrito Duf, situado en el Egipto central enfrente de Siut. Atumu ó Tum es «el señor de Heliópolis», Bast la diosa de Bubastis, etc. A esto se reduce toda su importancia y nunca tuvieron otra para la gran masa de sus adoradores. Cuando un habitante de Menfis ofrecia un sacrificio á Ptah ó grababa el nombre de este en un sepulcro, para ganar los placeres de la otra vida, no invocaba ninguna potencia cosmogónica, sino que se dirigía al «dios de su ciudad», que era para él el mas poderoso de los dioses, para que cumpliera sus deseos. Que cada egipcio tenia su «dios de la ciudad» (*nuter nuti*), á quien invocaba y glorificaba con sus formas generales de oracion, es una opinion que se halla de continuo corroborada por las inscripciones de todos los tiempos.

Con mucha frecuencia, los objetos sagrados ó infernales de que hemos hablado al principio de este capítulo se convierten en dioses del distrito: en otros casos, por el contrario, el dios del distrito está en íntima relacion con ellos, aunque sin confundirse, y los objetos son entonces como encarnacion ó manifestacion suya. Así por ejemplo, en las fronteras nubias se adora á la diosa escorpion Selqt (de donde procede el nombre de la aldea Pselchis ó «casa de Selqt») y en Ombos, Fayum y en otras partes al dios cocodrilo Sebak. Anubis, dios de Sepa, es un chacal; Bast de Bubastis un gato; Sechet de Menfis una leona. El número de animales sagrados es infinito, siendo el mas famoso de ellos el toro de Menfis, que lleva el nombre de Hapi, en griego Apis. En la ciudad del delta, Mendes (Dedet), se adora al macho cabrío que lleva el nombre de «el de Mendes» (Dedeti) (6). Los dioses Chnumu de Elefantina y Amon de Tebas están representados por medio de robustos carneros; Hathor de Anut (Dendera) como una vaca y al propio tiempo como «señora del sicomoro», el árbol sagrado del lugar de su culto; Uazit de Buto

(5) No sé lo que significa en su origen el atributo que por lo general se da á la diosa Neit, en tiempo de las pirámides, de *'npt, uat* «la que abre el camino.» ¿Se quiso hacer referencia al camino del desierto? El mismo atributo tiene tambien Anubis, bien que en ésta tiene ó por lo menos ha conservado un significado funerario: de él se ha derivado despues el dios Upuat.

(6)  en un vaso del rey Teti (6.ª dinastía: Mariette, *Catal. d'Abydos*, 1464). Que era un macho cabrío lo demuestran la opinion unánime de los antiguos y el dibujo copiado en Ledrain: *Monum. de la Bibl. Nat.*, lámina II. No se sabe por qué razon se escribe

siempre con el jeroglífico del carnero 

como una serpiente de Ureo, y además de ella hay otra porcion de diosas serpientes y de vacas sagradas, como por ejemplo la Hesit de Abydos. La diosa Nechebt de Elkab es un buitre, lo propio que la Mut de Tebas; Horo de Edfú es un gavilan, el dios Thoth (Dhuti) de Hermópolis un ibis—además son allí sagrados los monos con cabeza de perro—en Heliópolis se adora al ave Benu, del órden de las zancudas

, que tambien tiene su culto en el distrito décimotavo, y del cual ha salido quizás el fénix de las fábulas griegas. En el Antiguo imperio, se adoraba con gran devocion la diosa rana Heqt; el dios Chepera es un escarabajo, Qeb es un pato, en Tebas se adora la informe diosa hipopótamo Apet, etc.

Tal es el famoso culto de los animales de los egipcios, que tanta admiracion ha causado así en los antiguos como en los modernos tiempos y que ha sido considerado como el mas extraño de todos los pueblos extraños. Este culto no es mas que la forma material de la creencia de que en algunos objetos residen fuerzas naturales ya sea por su manera de ser peculiar, ya sea por haber sido atraídas á ellos por medio de conjuros. Cuando esta nocion preside en toda la religion de un pueblo, solemos llamarla fetichismo; pero debemos hacer constar que no deja de encontrarse algunas veces en religiones que han alcanzado un grado superior de desarrollo mientras en ellas exista la creencia de que el poder de la divinidad (ó de un santo) influye en una imágen ó en un objeto consagrados por la palabra de un sacerdote. El fetichismo desempeña un papel importantísimo en todas las religiones primitivas; así por ejemplo, sabido es que entre los semitas era general la creencia de que la divinidad residia en piedras y árboles ó en estacas de madera; que igual doctrina encontramos en los cultos del Asia Menor y de Grecia—recuerdo las muchas piedras «caídas del cielo» que representaban la residencia de la divinidad—y que se ha conservado hasta nuestros dias en todo el Oriente en la adoracion de los árboles viejos que los mahometanos consideran como milagrosos y como residencia de un santo (*wali*) desconocido.

Sabido es asimismo que en todos los pueblos son considerados de esta suerte varios animales como las serpientes, las vacas, las palomas, etc.; la vida de los animales, por su misteriosa manera de ser, es un enigma para todos los hombres, así salvajes como civilizados: la regularidad de su modo de vida y su seguro instinto llegan á imponer al hombre unas veces por los beneficios que reportan, otras por el miedo que inspiran y otras por su configuracion rara ó por su manera de vivir especial. De esto se deduce que reside en ellos un demonio, al cual nadie puede acercarse demasiado, al que se alimenta con temor y al que todos se guardan bien de molestar. Estas ideas adquirieron en Egipto particular desarrollo; para los egipcios naturalmente la divinidad va unida á toda clase de objetos y cuanto mas avanza su desarrollo, tanto mas robustecida se encuentra. En tiempos posteriores se crearon curadores para los animales sagrados y se percibian en provecho de estos algunos impuestos cuya falta de pago era castigada. En tiempo de Herodoto se castigaba con pena de muerte al que intencionadamente mataba á alguno de estos animales, é igual pena se imponia al que matara, aun involuntariamente, á los mas sagrados, es decir, á los que como el ibis y el gavilan eran venerados en todo el país. No es muy verosímil que este exagerado rigor existiera en los tiempos mas antiguos.

De todos los objetos, solo un ejemplar era considerado como el representante de todos ellos, como la verdadera residencia del poder divino del que participaban en grado inferior los demás, de la misma manera que de todas las innumerables imágenes de un santo de uso privado y público que

dispensan su proteccion y son quizás veneradas con un cirio, solo hay una en la cual reside verdaderamente aquel y que sienta directamente su influencia. Así como en otros pueblos un árbol ó una piedra especiales es la encarnacion de la divinidad, entre los egipcios lo es un animal determinado.

Quando esta idea hubo quedado sólidamente fijada, continuó prosperando cada vez mas, sin que nadie se cuidara de averiguar su origen. Los egipcios históricos, aun los de los tiempos mas antiguos, adoraban al buey Apis ó al ibis, no porque necesariamente tuvieran la nocion primitiva que servia de fundamento á su culto, sino porque habian aprendido de sus antepasados que en dichos animales residia la divinidad. Cuando moria el animal sagrado, se buscaba y se encontraba otro nuevo, de la propia manera que los tibetinos, al morir el Dalailama, buscan y encuentran el hijo recién nacido en el cual debe desde entonces residir el Bodhisattva que gobierna todo el mundo. Sabido es que la ciencia de los signos por los cuales podian reconocerse los dioses animales se fué perfeccionando cada dia mas y que por consecuencia sucedió que, por ejemplo, durante muchos años no pudiera encontrarse un nuevo Apis. En la mas avanzada cultura del Egipto de posteriores tiempos ofreció este culto de los animales un carácter bastante raro, hasta llegar á ser incomprendible para los mismos egipcios, de suerte que formularon buen número de rebuscadas explicaciones. Los dioses, decian, se transformaron, durante la lucha con el malvado Set y por temor á éste, en animales: ó bien Isis, cuando el entierro de Osiris, dió á cada distrito un animal sagrado; ó bien los animales sagrados tuvieron su origen en los estandartes de las diferentes secciones del ejército (ó mas exactamente de los distritos y de sus milicias) (1).

Por lo demás, los dioses egipcios no son idénticos á los animales que los representan, de la misma manera que la divinidad no es la imágen del dios ó el fetiche. Por tanto son tambien concebidos en forma humana (2), siendo muy generalizada y antigua la costumbre de representarlos por medio de cuerpos humanos con la cabeza del animal que es peculiar á cada uno. Hay tambien algunas divinidades que, por lo que nosotros sabemos, están siempre representadas en forma humana, como los dioses de Menfis, Sokar, Ptah y «el de Tanent», como Tum de Heliópolis y Osiris de Abydos, etc. Entre ellos merece mencionarse el dios Amsi (ó Minu) (3) de Koptos y Panópolis, que es tenido por una divinidad de la procreacion y que por lo mismo está siempre representado en forma ithyphala, con dos plumas en la cabeza y un azote en la mano que lleva extendida: detrás de él hay un cono de piedra (4) y dos cipreses. Indudablemente tenemos en él, como en Pan y en Priapo, un dios campestre de los labradores, cuyos atributos en el culto (el árbol y el peñasco) recuerdan las formas del culto cananeo (aschera y masseba). El dios Amon de Tebas, cuando no está representado por un carnero, se presenta en la misma forma que Amsi, é iguales

(1) Diodoro, I, 21, 75. Plut., *De Is.*, 72 y otros. Herodoto oyó tambien hablar de esto, pero no quiere decir nada sobre el particular porque las narraciones son misteriosas, II, 65.

(2) Tambien en el Antiguo imperio todo nombre de dios puede ser determinado por la figura de un gavilan , pues este es el símbolo del dios supremo del imperio.

(3) ¿No sería el  de la pirámide Teti (Maspero: *Revista egipcia*, 1882, pág. 129) una simple abreviacion de Amenu-Amon? Como nombre seguro del dios de Koptos solo tenemos el de Amsi.

(4) Así lo encontramos en los dibujos del Antiguo y del Medio imperio, desde la 6.ª dinastía, especialmente en Wadi Hammamat. Despues el peñasco puntiaguado fué sustituido por una capilla.